

Érase una vez una viuda que vivía en una casita en el campo con su hijo Juan. Eran muy pobres y su trabajo consistía en vender leche y mantequilla que les daba una vaca llamada Linda. Pero hubo un día que...

– Linda, ¿qué te pasa? ¿No tienes más leche? – dijo Juan.

– Tendremos que venderla para sacar un poco de dinero, porque si no tenemos leche no podremos hacer queso y mantequilla – dijo la madre.

– No te preocupes, mamá, yo venderé la vaca a un buen precio – dijo el hijo.

Al día siguiente, Juan se llevó a Linda para venderla en el pueblo, y se cruzó en el camino con un extraño viejecito que le habló así:

– Buenos días, joven. ¿Me equivoco, o vas a vender esa hermosa vaca?

– No se equivoca, buen hombre –contestó Juan educadamente.

– Yo quiero comprarla y, además, te daré cinco judías mágicas. Si las plantas por la noche, al día siguiente habrán crecido tanto que llegarán hasta el cielo.

A Juan le encantó la idea, de modo que cambió la vaca por las judías y se fue a su casa.

– Mira, mamá, he traído unas judías mágicas que he cambiado por la vaca.

– Pero ¿qué has hecho? ¡Cómo van a ser mágicas! Ya estás con tus fantasías.

Y, enfadada, la madre de Juan tiró las judías por al ventana.

Cuando despertó al día siguiente vio algo maravilloso; las judías eran mágicas de verdad y una de ellas había crecido hasta el cielo. Juan subió y subió por la judía hasta que vio un camino que le llevó a una casa en la que había una señora.

– Amable señora, ¿podría darme algo de comer?

– ¡Tienes que marcharte, porque aquí vive un ogro que se come a los niños como tú!

– Bueno, pues me arriesgaré –dijo Juan–. Me gustaría verlo.

Y la mujer le preparó una tostada con mermelada y mantequilla, un vaso de leche y un pastel.

De pronto, el suelo retumbó: ¡PLAM, PLAM, PLAM!

– ¡Es mi marido, rápido, escóndete en el radiador!

– ¿Aún no está listo mi desayuno, mujer? – gritó el ogro–. Pero ¿qué es este olorcillo que me viene a la nariz? ¡Huelo a carne fresca de jovencito!

– Te confundes, querido – dijo la mujer –. Lo que pasa es que estoy haciendo sopa con los huesos del niño que has comido ayer. Cómete esta comida tan rica...

Y le puso en la mesa jamones, pollo asado y huevos. Entonces el ogro se comió la comida y se quedó dormido encima de la mesa dejando una bolsa con monedas de oro.

– Aprovecharé que está dormido para escaparme – dijo Juan. Y cogió la bolsa con las monedas y se fue corriendo hacia la judía. Cuando comenzó a bajar, el ogro se despertó y lo siguió.

– ¡Mamá, mamá! ¡Trae el hacha, que viene el ogro! – gritó Juan.

– ¿Qué ogro? – preguntó la madre.

– ¡Corta la judía, corta la judía, que me pillá!

– ¡Me las pagarás! – decía el ogro.

Y cuando empezó a cortar, el ogro se dio cuenta de que se iba a caer contra el suelo y le suplicó:

– ¡Por favor, no sigas cortando, me vuelvo a mi casa!

Y se fue sin que se volviera a saber de él. Desde entonces, Juan y su madre vivieron muy felices y, gracias a las monedas, no les volvió a faltar comida.

Por cierto, aún quedan dos judías que no han florecido. ¿Lo harán alguna vez? ¿Y quién será el valiente que suba por ellas? ¿Quizás tú?